

EL DOLOR DE LA DIÁSPORA

*Complemento instrumental de
El Milagro del Lago de Maracaibo*

Bismillahi ar Rahmani ar Rahim

Inspirado en una anécdota anónima.

¿Con cuáles palabras podría abrir este texto? Honestamente, no surge en mí nada con lo que pueda quedar del todo satisfecho; nada con lo que me sienta a gusto para la tarea que me dispongo a emprender: la de decir algunas palabras sobre la diáspora venezolana.

Algo en mí se opone a comenzar este escrito, como si un automatismo infundado me impidiera hablar de ello. Y sin embargo, querido pueblo, quiero compartir con ustedes una anécdota personal.

Quien escribe estas líneas no abandonó su país por la situación política, ni por la social, ni siquiera por la inseguridad en que vivíamos. A pesar de la dura realidad de tantos venezolanos, y en especial de los zulianos, mi propia naturaleza, apegada a las raíces y reacia a los cambios bruscos, habría preferido continuar en la lucha. Pero estaba escrito en mi destino que habría de ser de otro modo.

Hacia el año 2012, mientras culminaba mis estudios universitarios, el cúmulo de situaciones anómalas y dañinas que rodeaban mi vida me aplastó sin piedad. Podría decir que fui víctima de mi propia torpeza. En fin: algo se había roto en mí, y ya no fui capaz de mirar la vida como lo venía haciendo. Algo se quebró para siempre. Mi cabeza inquieta se volvió crítica despiadada de todo lo feo, lo malo y lo decadente que veía a mi alrededor, y también dentro de mí; y mi corazón, ante tanta tristeza, se endureció.

Pero de todo aquello resultó algo útil. De alguna manera, casi de forma automática, se cristalizó en mí un hábito incipiente: el de imaginar posibles soluciones o remedios para todo aquello que, a mi muy modesto y muy imperfecto entender, representaba un problema, una situación decadente, una condición negativa, malsana o sencillamente mal orientada.

En pocas palabras: durante mucho tiempo, mi propia negatividad, mi desesperanza y el mal uso de mis capacidades me envenenaron. Hasta que, con ayuda de lo Alto, comprendí que en la naturaleza misma de aquel veneno se encontraba la cura.

«En la naturaleza del problema se encuentra la solución.»

Y no podría ser de otra manera. Por lógica y coherencia, son las condiciones exactas que causan un problema las que llevan en sí mismas su solución, a condición de andar en sentido contrario al que se ha andado hasta entonces. Porque no se puede romper un círculo vicioso repitiendo automáticamente lo mismo, y esperar que el cambio llegue por arte de magia.

«No es sensato esperar cambio alguno si siempre se hacen las mismas cosas.»

Y así, retomando el hilo que inspiró estas palabras, quien las escribe se volvió también parte de la diáspora. Pero no porque huyera de un problema externo, sino, quizás, para resolver un caos interior; pues para entonces la crisis aún no había alcanzado su punto de inflexión. Sencillamente, estaba convencido de que nada tenía que perder al emigrar, y, sobre todo, no sentía que pudiera llenar aquel vacío existencial que pesaba en mi pecho sin antes obrar un gran cambio.

Desde entonces he viajado y he vivido en distintos lugares del planeta. Como tantos otros, he aprendido cosas nuevas, y he sido consciente de cuán enriquecedora puede ser esta experiencia cuando se aborda con la actitud correcta. Pero también he visto el inmenso contraste entre las condiciones de nuestra tierra natal y las de las naciones que algunos llaman del primer mundo. En muchos casos, la diferencia entre vivir en un país desarrollado y vivir en nuestra amada tierra puede ser desgarradoramente abismal: en bienestar, en comodidad, en seguridad. Y es aquí donde casi todos, aun sin advertirlo, nos hemos preguntado alguna vez: ¿por qué nosotros no podemos tener esto? ¿Por qué aquí sí, y en mi tierra no? ¿Por qué, por qué, por qué...?

Por desgracia, a muchos de nuestros paisanos esa diferencia abismal, esa belleza deslumbrante, los lleva a olvidar el amor por su patria, a renegar de ella, incluso a hablar mal de la tierra que los vio nacer. Este texto no dirá nada sobre ellos, pues no es su propósito.

Mis palabras son para aquellos y aquellas que, muy en el fondo, sienten un dolor genuino por su país y por su pueblo. Porque es precisamente ese dolor, el de haber tenido que salir de la propia tierra, el de migrar a lugares desconocidos, muchas veces con esfuerzos penosos; el de haber tenido que aprender por necesidad un oficio del que nada sabías, ajeno a tu formación; el de haber soportado, en algunos casos, malos tratos e injusticias; es ese dolor el que nos hermana. Pero hay uno más hondo que todos: el de ver que tu nación se queda atrás, sumida en la crisis, huérfana de un rumbo compartido, de un norte común que beneficie a todos. Ese es el que más fuerte se siente, aunque muchas veces no sepamos nombrarlo.

Y es ese mismo dolor el que, mediante un esfuerzo consciente y bien orientado, puede transformarse en un acto de voluntad: en una energía

vivificante que se ponga, con toda seguridad, al servicio de un genuino bien común.

Ese bien común no se construye con ideales quiméricos que manipulan y apelan a las susceptibilidades de la gente, ni de mayorías ni de minorías, ni sobre ningún modelo fallido de promesas irrealizables, sino mediante un esfuerzo intelectual y consciente genuino: el de comprender la naturaleza y las causas del problema y, por principio de ingeniería inversa, identificar la solución exacta para cada uno de sus aspectos.

Aquí no se habla de magia, sino de aprender a observar, de aplicar el pensamiento crítico, lógico y, sobre todo, coherente. Se habla de organización inteligente y de cooperación. Se habla de desarrollar una intención real de pertenecer a un objetivo de beneficio para todos: un beneficio real, y de toda índole.

Hablamos de que somos seres humanos tan capaces como aquellos a quienes, equivocadamente, consideramos más avanzados, más cultos, más inteligentes; superiores, como si dependiéramos de ellos para ser felices.

No. Y mil veces no. Nos negamos rotundamente a pertenecer a ese falso y denigrante sistema de creencias.

Somos dignos, somos capaces. Dondequiera que vamos, sobresalimos: por nuestro carácter dulce y cálido, por nuestra educación y buen trato, por nuestro intelecto y nuestras destrezas de toda clase.

Y sin embargo, debemos reconocer que tenemos una parte de responsabilidad en todo esto. Debemos querer, en la medida de lo posible y aun de lo imposible, ser mejores, más sabios, más útiles; o, como mínimo, tener una buena disposición a ayudar y a colaborar con quienes anhelan una Venezuela mejor, un Zulia mejor.

Este texto, *El Dolor de la Diáspora*, quiere ser un complemento instrumental de *El Milagro del Lago de Maracaibo*: una crítica imparcial de las condiciones anómalas que subyugan al pueblo zuliano, y una invitación a reivindicar el Lago de Maracaibo como eje central en torno al cual se configure toda iniciativa humana por venir. Es una invitación a reconocer aquello que siempre se puede cambiar para bien, si así se desea. No es una obligación; pero sí una exigencia.

. . .

Como educador, quisiera dejar un cierre que sea, a la vez, un llamado a la reflexión. Quisiera compartir el espíritu de lo que la educación representó para los hombres y mujeres de carácter más justo y bondadoso que han dejado una huella indeleble en la historia humana.

¿Qué es la educación?

Es la acción consciente de fomentar, transmitir e inculcar enseñanzas de valor práctico, ético, moral y espiritual, cuyo objetivo capital es la búsqueda del orden y la armonía de un pueblo o una nación, a través del desarrollo de la razón y el intelecto y de las capacidades y destrezas de todo orden de sus individuos.

«A mayor desarrollo de la razón y los principios, mayor el grado de orden y armonía; y a la inversa.»

La educación se imparte mediante el uso del intelecto y el discernimiento, para estimular la formación del criterio y el sentido crítico. Las ciencias y los distintos campos en que se ordena el conocimiento existente son instrumentos cuya finalidad es servir al hombre para conocerse a sí mismo, conocer su entorno y comprender su lugar en el mundo.

«Conócete a ti mismo, y conocerás a tu Señor.»

La totalidad de esas enseñanzas se cristaliza en la memoria de los pueblos a través de múltiples formas: la conducta, los registros escritos, el arte, la literatura, los tratados científicos, filosóficos y teológicos, el folclore, los libros sagrados, la tradición oral. Y esas manifestaciones perduran en el tiempo hasta convertirse en eso que llamamos cultura.

«La riqueza y el valor objetivo de una civilización son proporcionales al grado de su cultura; y la cultura, al grado de desarrollo de su razón.»

. . .

Que este dolor, entonces, en lugar de quedarse en lamento, se haga voluntad, y la voluntad, obra; porque en la naturaleza de nuestra herida se encuentra, también, el milagro.